

LA CONCIENCIA: UNO DE LOS PROBLEMAS MÁS GRANDES DEL UNIVERSO

Más que el origen de todo, es decir, del universo, o la estructura íntima de la materia (dos de las tres grandes fronteras de la ciencia actual), el problema más grande que enfrenta la ciencia de nuestros días es el de dilucidar la naturaleza de la conciencia. No es que explicar el origen de la vida, de la materia o del cosmos no sea un problema bastante peliagudo y difícil, lo que sucede es que el universo en su evolución ha llegado a crear una organización de la materia, que se alberga dentro de nuestro cráneo, capaz de hacerse consciente de sí misma, a grado tal, que uno de los deseos más fervientes de ese trozo de materia consiste en tratar de explicar a toda costa el porqué de su capacidad de reflexionar sobre sí misma y su origen. De las tres grandes fronteras de la ciencia actual, esto es, el origen del universo, la estructura de la materia y la naturaleza de la conciencia, esta última es la que se ha venido abriendo paso en los más recientes lustros, a tal grado de que ya no sólo se habla del "siglo del cerebro", sino de "la era del cerebro" (Aréchiga, 2001)

Desde que el ser humano camina sobre la tierra, de lo cual la paleontología ya ha dado cuenta más o menos de manera clara (y sabemos que eso sucedió, si hablamos del Homo Cromañón, hace alrededor de 250 mil años), de a poco se ha ido planteando, con más y más pulcritud, la pregunta fundamental sobre sí mismo. Cuando la criatura consciente de sí mismo inventó la civilización a partir de abandonar la vida nómada, gracias a la domesticación del fuego, de plantas y animales, el tiempo libre que para algunos devino de ese cambio, les permitió crear disciplinas de pensamiento para tratar de desentrañar los misterios de la naturaleza. Si hacemos un recorrido por los senderos que ha seguido el pensamiento desde entonces, estaremos obviamente trazando la historia de la filosofía y de la ciencia. Aunque también se desarrollaron sistemas de pensamiento como la magia y las religiones que, si somos consecuentes, son formas ansiosas de responder rápidamente a las preguntas esenciales sobre el origen y funcionamiento de todo cuanto nos rodea, incluso sobre la naturaleza misma de nuestra conciencia. La ciencia es más paciente y ha preferido dar pasos pequeños pero seguros, creando métodos y sistemas de comprobación que aseguren al ser humano que lo que se responde es muy cercano a lo real y verdadero.

A últimas fechas, con los avances en la tecnología y las concepciones más precisas sobre nuestro cerebro y su funcionamiento, hemos empezado a

plantearnos muy seriamente el problema de la conciencia. Creemos que con lo que hasta ahora hemos conseguido en el desarrollo del pensamiento científico, ya podemos comenzar a desbrozar el camino hacia la pregunta de preguntas: ¿qué es la conciencia y cómo se produce?

Esa es la tercera gran frontera de la ciencia, es decir, develar el misterio que nos habita a casi todos y que llamamos conciencia. El desafío no es sencillo, aunque no por eso debemos abandonarlo. Si bien es cierto que desde hace miles de años los pensadores, que llamamos filósofos, han contribuido enormemente a clarificar nuestros sistemas de pensamiento, también es cierto que lo han hecho, preponderantemente, desde la especulación y la reflexión (sin que esto signifique desdeñar este método) y, por ende, no han ofrecido siempre respuestas concretas a los grandes problemas que se ha planteado el ser humano. Desde esta perspectiva, en el siglo XIX los filósofos concluyeron que lograr que un aparato más pesado que el aire consiguiera levantar el vuelo era imposible. Pocos años duró esa afirmación. Igualmente, ahora se levantan voces que nos dicen que desentrañar los entresijos de la conciencia no es dable al entendimiento humano y a la ciencia. Veremos.

Dado que nos enfrentamos a un problema extremadamente complejo, algunos investigadores se han planteado muy seriamente que tal vez nuestro cerebro no tiene las estructuras materiales para lograr comprender el misterio de la conciencia.

Pero hay algo más, algo que, estamos seguros, muchos lectores sienten como una carencia, como algo que hasta ahora en las páginas de este libro no hemos ni siquiera intentado explicar. Nos referimos a cómo tiene lugar la emergencia, el cambio cualitativo que convierte la actividad cerebral en pensamientos e imaginación, a cómo son posibles las diversas experiencias o percepciones conscientes, reales o ilusorias, que invaden nuestra mente. Ése es el llamado hard problem, el problema difícil de la conciencia (Morgado, 2012).

El mismo autor especula al final de su obra acerca de este problema y plantea que tal vez nuestro cerebro, como se encuentra en la actualidad, no tenga las estructuras necesarias para poder entenderse a sí mismo a cabalidad. Adelanta que tal vez en un tiempo por venir, si se modifican y complejizan nuestras estructuras nerviosas, podamos abordar con mayor claridad el problema de la conciencia (Morgado, 2012).

Además de hacer un repaso minucioso y crítico sobre las diferentes y más relevantes posturas actuales sobre el problema de la conciencia, el filósofo

John R. Searle nos plantea el problema de manera simple, aunque su dilucidación no lo sea:

El problema más importante de las ciencias biológicas es un problema que hasta hace bien poco la mayoría de los científicos no consideraban como un objeto apto para la investigación científica de tipo alguno: ¿Cómo procesos neurobiológicos en el cerebro consiguen exactamente causar la conciencia? La enorme variedad de estímulos que nos afectan –por ejemplo, cuando degustamos vino, miramos al cielo, olemos una rosa o escuchamos un concierto- disparan secuencias de procesos neurobiológicos que desembocan en estados de sentir y de advertir unificados, bien ordenados, coherentes, internos y subjetivos. Pues bien ¿qué ocurre exactamente entre el asalto de los estímulos a nuestros receptores y la experiencia de conciencia, y cómo exactamente consiguen los procesos intermedios causar estados de conciencia? El problema, además, no se reduce a los casos de percepción que acabo de mencionar, sino que abarca las experiencias de acciones voluntarias, así como procesos internos como la preocupación por las tasas de ingreso o el intento de recordar el número de teléfono de nuestra suegra. Es un hecho enigmático el que casi todo en nuestra vida consciente, desde sentir dolores, cosquilleos y picores hasta –escoja su inquietud favorita- sentir el miedo del hombre industrial bajo el capitalismo tardío o experimentar el éxtasis de esquiar sobre nieve en polvo. Hasta donde sabemos, los procesos pertinentes transcurren en el micronivel de las sinapsis, de las neuronas, de las columnas de neuronas y de las asambleas celulares. Toda nuestra vida consciente está causada por esos procesos de bajo nivel, pero no tenemos sino una idea nebulosa acerca de cómo funciona todo esto (Searle, 2014).

Si estamos de acuerdo con Searle, el problema está todavía muy lejos de resolverse. Muchos intentos de explicación en realidad nos llevan a callejones sin salida, como el de comparar al cerebro con una supercomputadora, o el de definitivamente argumentar que la conciencia no existe. Searle hace un recuento de estos intentos y con muy buenos argumentos critica a destacados pensadores que no atinan a elaborar, ni siquiera todos juntos, una teoría coherente sobre el misterio de la conciencia. Entre los destacados científicos y filósofos criticados por Searle, se encuentran Francis Crick (sí, el codescubridor del ADN), Gerard Edelman, Roger Penrose, Kurt Gödel, Daniel Dennett, Davis Chalmers y finalmente Israel Rosenfield. Vale la pena leer esta obra crítica para tener una idea más o menos clara de dónde nos encontramos en el camino de resolver lo que debe dejar de ser un misterio y pasar a convertirse en un problema: la conciencia.

Tras destazar decenas de ejemplares se ha comprobado que el cerebro no cuenta, en efecto, con un sancta sanctorum, una torre de comando, un centro de operaciones –tampoco con un homúnculo, un Mini-Me ni, para el caso, con un yo. Vale la pena repetirlo: el yo no se corresponde con ninguna estructura anatómica, el yo no se encuentra en ninguna parte del cerebro ¿Y entonces? Lo he apuntado: el yo es, más bien, una invención del cerebro, una idea compleja repartida entre millones de neuronas y conexiones sinápticas (Volpi, 2013).

Pero aquí no se agota nuestro problema. Cabe entonces preguntarse si lo hasta ahora investigado y propuesto por la Psicología no tendrá pronto valor alguno, si es que se llega a descubrir el mecanismo exacto de la conciencia. La Psicología ha con tribuido enormemente a entender el comportamiento humano, desde su origen filogenético y desde su desarrollo ontogenético, desde la realidad interna y también desde los motivos externos que la provocan y que la mueven. No obstante, siempre queda el asunto de si lo ha realizado con las aproximaciones correctas, que nos den explicación causal final del porqué de todo el comportamiento humano.

Considero que los intentos de la Psicología no han sido vanos ni carentes de valor explicativo, el asunto es que, dadas las investigaciones actuales sobre el problema de la conciencia, no hemos podido alcanzar su causa última, pero nuestra disciplina se tiene que reformular, tal vez desde sus fundamentos, una vez que nos acerquemos a develar ese gran misterio. Este siglo tal vez sea, como lo fueron para la Biología, la Física y la Química el siglo XIX y XX, la gran centuria de la Psicología.

abril de 2017

Trabajos citados

Aréchiga, H. 2001. El universo interior. México: Fondo de Cultura económica, 2001. pág. 7.

Morgado, I. 2012. Cómo percibimos el mundo. Barcelona: Ariel, 2012. pág. 208.

Searle, R. J. 2014. El misterio de la conciencia. Barcelona: Paidós Studio, 2014. págs. 17-18.

Volpi, J. 2013. Leer la mente: El cerebro y el arte de la ficción. México: Alfaguara, 2013. págs. 61-62.